



la Tarajila

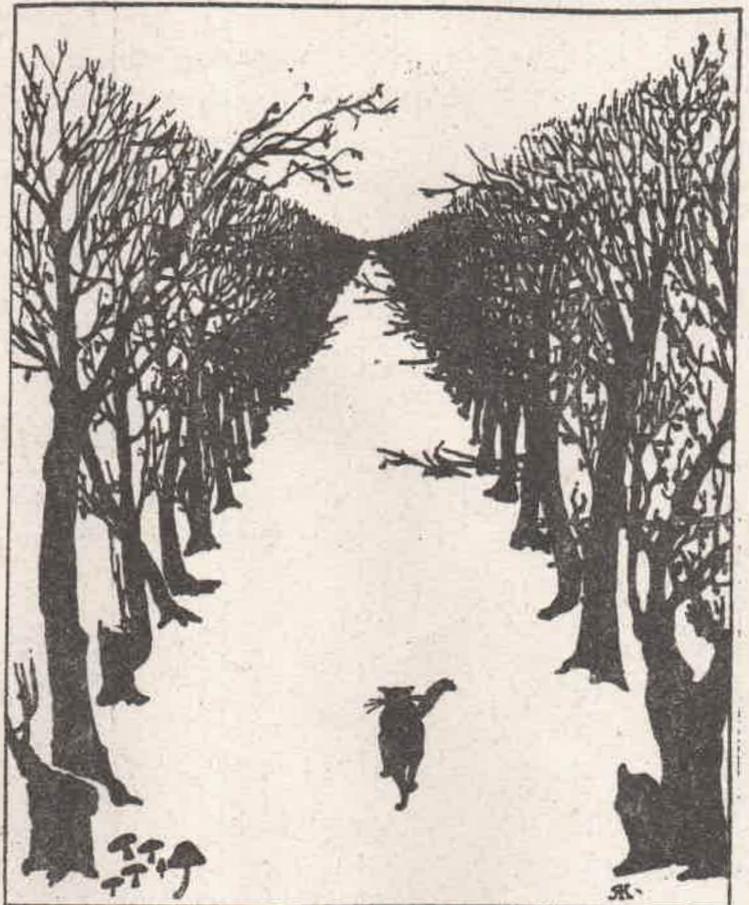
BOLETIN DE LA COORDINADORA ECOLOGISTA CANTABRIA. 100 pts.
Apartado 2260 Santander. c/c 20 - 005. 586 - 4 de Caja Cantabria

ECOLOGISMO Y POLITICA

El movimiento ecologista pretende cambiar las cosas, y eso es hacer politica. Claro que eso no conlleva necesariamente "meterse en politica", es decir, actuar a traves de las estructuras partidarias que, al parecer, quieren algunos que canalicen toda accion politica.

Sobre lo anterior hay, dentro del movimiento ecologista, opiniones muy diversas. En cambio, es general el acuerdo en considerar legitima la accion politica a traves de los movimientos sociales, y la conveniencia de que estos se coordinen entre si.

De estas realidades trata este numero. No "están todos los que son", pero eso tambien es un reflejo de una realidad: la de nuestra propia falta de coherencia y de fuerza.



SUMARIO

- ¿El movimiento ecologista, una opción política? pag. 3, 4, 5 y 6
- Ecologismo y pacifismo pag. 7 y 8
- Ecologismo y solidaridad pag. 9
- Ecologismo y mundo rural pag. 10 y 11
- Ecología y política ¿ un encuentro imposible? pag. 12, 13, 14 y 15
- La Coordinadora Ecologista Cantábrica - CODA exige el cierre de la incineradora de Meruelo pag. 16 y 17

La Tarajila

Boletín de la Coordinadora Ecologista Cantábrica
Apartado 2260 Santander

Depósito Legal
SA-163-1990

Edita
Coordinadora Ecologista Cantábrica (C.E.C.)

Imprime
I.E.S. "Valle del Saja"
Cabezón de la Sal

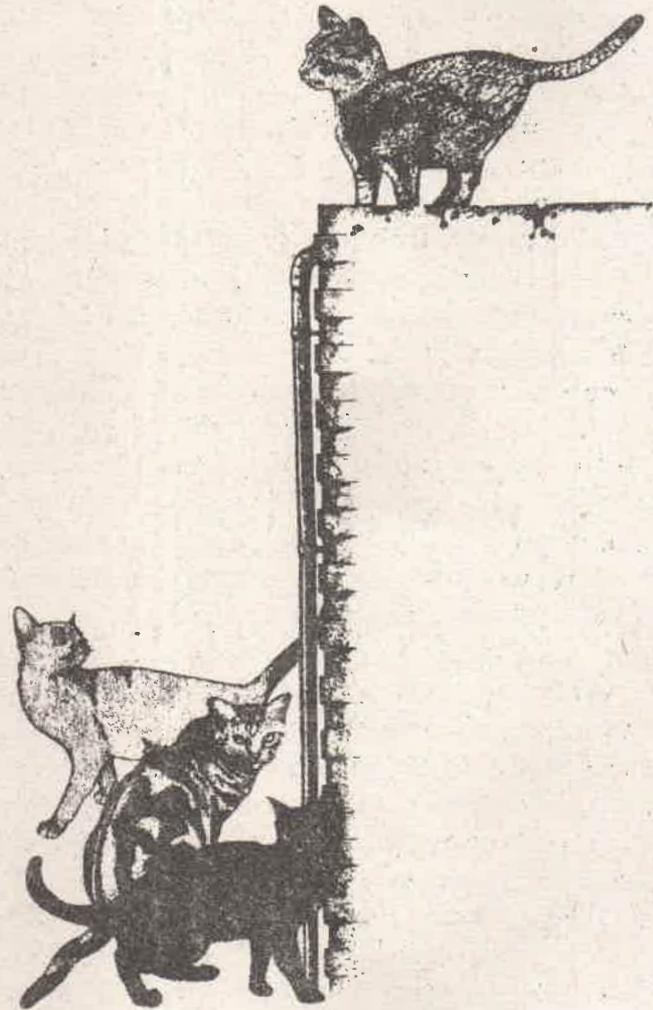
¿El movimiento ecologista, una opción política?

Con ocasión de la pasada contienda electoral se publicó en "La Tarajila" un artículo firmado por Javi, Marta y Prisciliano. Al parecer, se hicieron conjeturas sobre este último: ¿sería el seudónimo de alguien que no quería dar la cara? Al fin y al cabo, somos cuatro gatos y nos conocemos... Pues bien, Prisciliano, el gato de Javi y Marta, tristemente fenecido de una obstrucción urinaria, había dejado un trabajo inédito...

Desde "El Ultimo Refugio":

Tiempos electorales se ciernen sobre nosotros, el vulgo. Los políticos estrella se lanzan a recorrer las calles, en pos del voto. La vorágine electoral entrará una vez más en nuestro hogar con promesas vacías. Entre ellas, la oferta medioambiental jugará un destacado papel en los programas de los distintos partidos. Incluso nos parecerá que todos ellos han asumido los criterios ecologistas. Todos en defensa del desarrollo sostenible, todos maquillados con sensibilidad verde.

El ciudadano, atónito y desorientado, observa las candidaturas. Los partidos mayoritarios, que durante los cuatro años de poltrona han cosechado aberraciones medioambientales, lanzan mensajes naturalistas, inauditos meses antes de la cita con las urnas. Los partidos verdes, inexistentes durante las fechas no electorales, resurgen de sus recónditos silencios; a su vez, ocupan posiciones ambiguas, en la discutible creencia de que ante la "muerte de las ideologías" la alternativa verde no es de izquierdas ni de derechas; es, pues, su proyecto, apolítico e "inmaculado". La sensibilidad ecologista será presentada en candidaturas de



izquierdas, como la de I.U., con el mensaje de la opción verde-roja. Y el colmo de la transmutación política es el surgimiento de organizaciones como el "Partido Ecologista

Español" o el "Partido de la Ley Natural".

Quizá la orientación del votante esté en pensar en los años previos y posteriores a las elecciones. Greenpeace comentó en su "Guía sobre la Cumbre de la Tierra" que "la creciente presión social exigiendo soluciones a la crisis ecológica que sufre el planeta, ha hecho que proliferen reuniones, acuerdos y convenciones y que gobiernos y empresas aparezcan como los Grandes Defensores de la salud del planeta. Mientras tanto, el deterioro medioambiental va en aumento a un ritmo cada vez mayor. Sin duda, algo falla".

Esta asimilación del discurso ecologista por parte de los partidos políticos -que pongo en tela de juicio no por la permeabilización del discurso medioambiental, sino por el manejo que se hace de él con fines electoralistas y por la digestión superficial de los contenidos del ecologismo- se caracteriza por el reduccionismo de la acción política a la esfera de "lo político" e institucional.

Por fortuna, el movimiento ecologista no es uniforme y posee diferentes e incluso enfrentadas ramas. Desde el conservacionismo aséptico hasta las manifestaciones partidistas de los verdes, existen múltiples formas de entender y hacer ecología; una de ellas, la mía, sin duda cargada de heterodoxia. La reivindicación naturalista ha logrado, en cierta forma, frenar la dinámica del liberalismo económico. La conciencia de un aprovechamiento racional de los recursos naturales, la introducción de medidas de control industrial (filtros, depuradoras, informes de impacto ambiental, tecnologías limpias, etc.)...aportaciones que el sistema, en su evolución camaleónica, no sólo ha hecho suyas, sino que pueden provocar, si no lo han hecho ya, la deglución de un

movimiento social que le era incómodo. De las molestias de un sistema popular que le niega, asistimos a la transformación que le apuntala y refuerza, creando lo que se ha venido a llamar ecocapitalismo. Estas reformas de la sociedad industrial avanzada no cuestionan el sistema, caracterizado por un crecimiento constante del consumo.

Partiendo de este antecedente, creo que no todo está perdido. La vitalidad aún existente y la profunda inserción en el tejido social hacen todavía del ecologismo un movimiento contestatario e inquietante para la estructura económico-social imperante.

El carácter político del ecologismo es, a su vez, "antipolítico", si lo entendemos como la conformación de organizaciones partidistas que se valen, para conseguir sus objetivos, de su introducción en el marco institucional. No tanto por el miedo a convivir en uno de los senos del poder o el recelo a caer en las tentaciones, como por desconfiar de medios y pautas de las instituciones establecidas, que, con supuesta tolerancia, sólo permiten el lenguaje y las reglas de juego del sistema.

El movimiento ecologista, en su debilidad, no se encuentra maniatado por las clientelas políticas, verdadero cancer de los partidos tradicionales. Aunque también es criticable la postura de numerosas asociaciones medioambientales que ven predeterminadas sus campañas en función de la respuesta y obtención de cuotas de socios.

El ecologismo viene a incluirse en la lista de movimientos alternativos, de sentires marginales, que se niegan a resignarse y aceptar que este es el único de los mundos posibles. Se le critica la ausencia de un programa alternativo sistematizado, una visión globalizadora que oferte una solución estructurada a la...▶

dinámica que critica; en definitiva, la falta de una determinada propuesta política. No comparto esos reiterados análisis, vertidos a veces desde sectores de la propia izquierda.

El ecologismo propugna un cambio radical, apoyado en un planteamiento estratégico novedoso en la "política tradicional". La crítica al modelo de sociedad existente ha conducido al planteamiento de una concepción de reencuentro de la Humanidad con la Naturaleza. Este redescubrimiento del Hombre se extiende a todas las facetas sociales (economía, relación laboral, cultura, etc.). Es incongruente proteger y salvaguardar el medio ambiente mientras permanecen las desigualdades sociales y se enraiza una economía corsaria carente de justicia colectiva. La creciente conciencia ecologista de Occidente no puede sustentarse en el expolio de los recursos naturales de los países pobres, o en la exportación de los residuos industriales al Tercer Mundo. Así, pues, la acción política de este movimiento censura a un sistema, el capitalismo, desde un ámbito novedoso, el natural. La sociedad industrial avanzada requiere un productivismo ilimitado, a costa de graves repercusiones medioambientales, sanitarias y de calidad de vida; las mismas condiciones económicas que llevan a un reparto injusto de los beneficios y a una explotación del hombre por el hombre.

Reconociendo que el ecologismo no posee una idea estructurada del cambio total, sí que tiene en cambio una conciencia, y, lo que es más importante, una práctica de reforma radical de las cosas pequeñas: el mundo inmediato es reivindicado diariamente en la lucha ecologista; una defensa de la naturaleza más allá del medio físico; un mundo



cotidiano (la basura de mi casa, la energía de mis bombillas, el alimento que me sustenta, la nitidez de las aguas donde me baño, el paisaje que conozco, etc.); es decir, lo que palpo, lo que me circunda y me hace ser como soy. ¿Cómo vamos a construir utopías políticas si no podemos cambiar ni siquiera nuestro entorno más directo? La transformación del mundo ordinario, no por levantamientos bruscos de tipo revolucionario, sino por un cambio tajante de la conciencia y del inconsciente del individuo.

En definitiva, una acción política carente de sistematización, no ordenada y en la que existen múltiples versiones de

una misma acción. Ello no le resta su carga de razones, de reproches al presente, y la demanda de una salida de esta conocida y arbitraria realidad económico-social; un cambio de los valores y hechos cotidianos, reclamado desde los diversos movimientos (pacifismo, feminismo, solidaridad internacional, justicia laboral...) que suscriben esa nueva posición de la humanidad, no ya enseñoreándose de la naturaleza, sino inserto y formando parte de ella. Quizá como hijo pródigo que regresa al seno materno.

La falta de unidad de la acción ecologista y la ausencia de un único marco asociativo no restan capacidad a su búsqueda de cambio; pues es tal la impregnación en el tejido social (en cada pueblo, en cada barrio) del ecologismo, que ahí reside su poder de respuesta y su vitalidad.

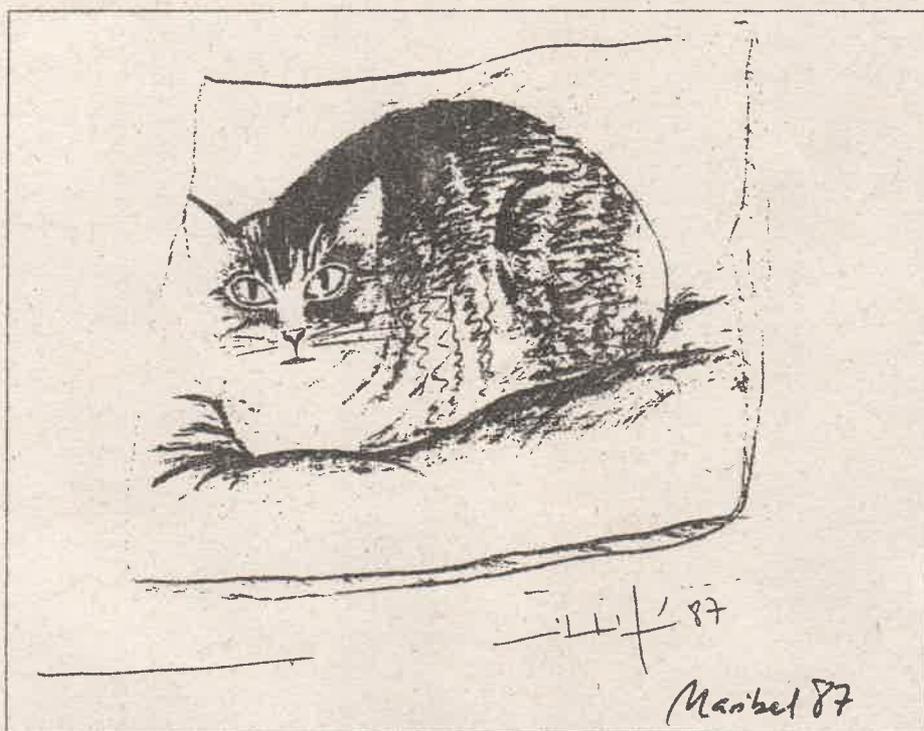
Una acción política organizada de abajo hacia arriba, un movimiento de base

exclusivamente. La metamorfosis de la realidad social, no desde las estructuras de dirección, sino desde lo cotidiano y habitual. Me tacharás de ambiguo. Tal vez lo sea, pero la época de las grandes verdades ha muerto; los concienzudos sistemas tendentes a una utopía definida han perecido ante el nacimiento de la utopía en cada uno de nosotros.

Quizás el caos del ecologismo tenga un orden, ¿no crees?

PRISCILIANO

Le faltó tiempo, tal vez, a Prisciliano, de pulir la redacción de su artículo; pero hemos preferido no hacer más que mínimas correcciones de estilo. Al fin y al cabo, no está tan mal para un gato...



Ecologismo y Pacifismo

Dentro de lo que comunmente entendemos como Ecologismo o Pacifismo conviven múltiples enfoques o visiones, que van desde las opciones más radicales (que cuestionan el sistema de raíz) hasta posturas meramente reformistas, claramente institucionalizadas e incluso progubernamentales. En este artículo vamos a referirnos a la relación existente entre el Ecologismo de base y el Antimilitarismo, sin duda los brazos más innovadores del Ecologismo y el Pacifismo, respectivamente. Uno y otro están claramente desmarcados de la política gubernamental y poseen una clara aspiración transformadora.

Así entendidos, Ecologismo y Antimilitarismo no deben de considerarse como dos luchas ajenas una de otra, sino como dos sensibilidades complementarias dentro de una misma lucha encarnizada hacia un mismo objetivo común: la transformación social.

De poco nos serviría la plena protección de los recursos naturales si simultáneamente se mantuviese, por ejemplo, la explotación de unos seres humanos por otros. Como de poco serviría una paz mundial que estuviera vigilada por un bosque de nucleares, incineradoras o plantaciones de eucaliptos. No son reivindicaciones aisladas, y ni deben ni pueden ser abordadas autónomamente o secuencialmente, una después de otra. Sus causas políticas, económicas y culturales son las mismas, y no es posible abordar una de ellas sin transformar todo el sistema actual.

Las conexiones entre el Ecologismo de base y el Antimilitarismo no sólo deberían fundamentarse en la lucha contra un enemigo común, sino, y fundamentalmente, en la colaboración solidaria encaminada a la construcción de una alternativa ecopacifista.

Muchos son los puntos de confluencia también en lo referente a objetivos y formas de actuación, pero podríamos resumirlos en una idea básica: la nueva sociedad que deseamos se afianzará en la medida en que "hoy y aquí" vayamos viviendo y funcionando con esos nuevos esquemas (independientemente de mayorías o minorías, de permisos o ilegalidades). En la medida en que vayan siendo asumidos por más gente, esa nueva sociedad irá haciéndose realidad, y esta situación supone mayor presión para el gobierno que los actos puntuales o las radicales declaraciones de intenciones.

Sería ingenuo pretender tomar el poder para transformar la realidad a golpe de decreto-ley o de Consejería de Medio Ambiente. Es la transformación desde las ciudadanas y ciudadanos comprometidos, desde la base, lo que forzará un cambio en la estructura política y económica, aunque en campaña electoral traten de hacernos creer lo contrario.

Frente a quienes piensan que el fin justifica los medios (G.A.L., corrupción, represión...), planteamos que son los medios los que justifican y explican nuestro fin. Por esta razón, Antimilitarismo y Ecologismo confluyen también en sus métodos de trabajo:

Asamblearismo, sustituyendo la jerarquización propia de los partidos mayoritarios por la responsabilidad de todo el grupo en las discusiones y decisiones.

Descentralización frente a la concentración del poder.

Respeto a las minorías y diferencias, enriquecedoras en todo debate, frente a la hegemonía aplastante de la mayoría matemática.

Globalidad: aunque actuemos localmente, es fundamental no perder nunca una visión solidaria del planeta.

Acción. La contundencia necesaria no debe arrastrarnos a realizar actuaciones violentas. La acción directa pacífica (encadenamientos, bloqueos...); la no colaboración (boicot a consumir determinados productos o a comprar en determinados establecimientos...); y la desobediencia civil (sobrepasando los límites de la ley de una forma pública y colectiva, para fomentar un cuestionamiento social de dicha normativa), son formas de lucha imaginativas y originales tendentes a romper los esquemas del poder y a fomentar la concienciación ciudadana.

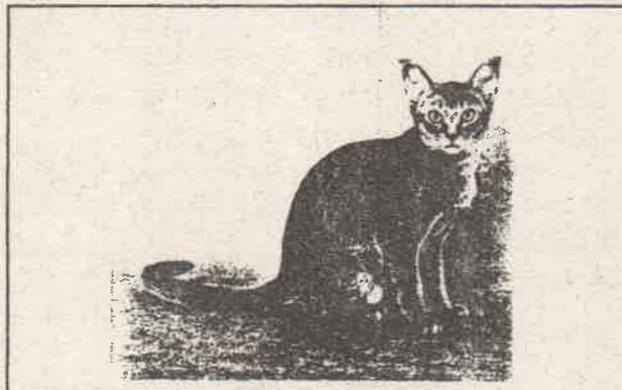
Además de estas coincidencias, cada movimiento aporta al otro planteamientos y experiencias enriquecedoras. Así, por ejemplo, el Antimilitarismo tiene mucho que aportar respecto a campañas de desobediencia civil (Insumisión, Objeción Fiscal...) válidas para cualquier movimiento social. De igual modo, el ecologismo de base ha evolucionado y ha ido asumiendo planteamientos antimilitaristas que le llevan a cuestionar cualquier instalación militar y ya no solo su ubicación en un lugar más o menos inapropiado. En Cantabria, la oposición a la construcción del cuartel del Picón del Fraile supo conciliar la crítica ecologista con la antimilitarista.

• Por otra parte, el Ecologismo ha aportado al Antimilitarismo una valoración mucho más amplia y completa de lo que es el Medio Ambiente (entendiéndolo no sólo como el medio en que vivimos, sino como el medio que nos da la vida), y la urgencia de preservarlo. El Antimilitarismo ha asumido este planteamiento, y a la hora de cuestionar el tipo de defensa militar (defensa de qué, o de quién), reivindica una alternativa de defensa en la que los pueblos (no una élite mercenaria) sean capaces de defenderse de los verdaderos "enemigos" que nos amenazan (paro, carestía de la vida, amenazas a los derechos humanos...); y un "enemigo" principal es, por supuesto, la agresión a los recursos naturales, que no sólo amenaza a la calidad de vida, sino a la vida misma.

La salvaje explotación o el monopolio de los recursos naturales es causa de guerras, matanzas, conflictos y desplazamientos de población en todos los continentes. De igual forma, el impacto ambiental del militarismo es tan grande que los ejércitos están entre los principales agresores del Medio Ambiente, no sólo durante los conflictos bélicos (cada vez más abundantes y destructivos), sino también en los periodos entre guerras.

Sería conveniente una mayor profundización en la relación entre el Ecologismo de base y el Antimilitarismo, y extenderla a otros movimientos sociales. Esta mayor coordinación no cuajará si es tan solo el fruto de iniciativas personales o de partidos aglutinadores que pretenden forzar uniones más o menos bien intencionadas; debe continuar construyéndose desde la base, desde el día a día, desde el trabajo concreto de los miembros de estos movimientos. El camino es largo y complicado, pero creando, imaginando y luchando podemos avanzar. Tenemos mucho por conseguir. ○

Miguel Arce (Miembro del M.O.C. y de la C.E.C.)



Ecologismo y solidaridad

Vivimos la moda de los disfraces verdes, y desde hace años las "ayudas al desarrollo" lo son para un "desarrollo sostenible". Felicitémonos, pues.

Cuando uno trata de averiguar por qué se considera sostenible un determinado proyecto de desarrollo, lo más normal es encontrarse con que el criterio principal consiste en que en su redacción se hayan salpicado abundantemente los términos "sostenible" y "ecológico". Así, nos encontramos con proyectos "sostenibles" para todos los gustos: desde el cultivo de granos básicos por métodos tradicionales hasta granjas de cría intensiva de pollos; proyectos forestales o construcción de guarderías, todo se hace en función de un "desarrollo sostenible". Y, la mayoría de las veces, sin una adecuada planificación de la zona, que sería el requisito previo para poder llegar a hacer un proyecto sostenible.

Y lo malo es que un desarrollo sostenible que merezca tal nombre es necesario, aquí como allí, si se quiere que las utopías (ecologistas, internacionalistas, o simplemente, de justicia) se hagan realidad algún día. Aquí como allí, habría que trabajar activamente para "inventar", y, sobre todo, ensayar ese desarrollo que, con crecimiento o sin él, distribuya la riqueza de forma justa sin comprometer las posibilidades de los

que vengan detrás. Aquí como allí, la principal labor de los ecologistas debiera ser arrimar el hombro en los proyectos de desarrollo sostenible "de verdad", más que tratar de parar al otro "desarrollo". Ante una opinión pública sensibilizada, aunque sea superficialmente, puede ser mucho más impactante un solo proyecto sostenible (es decir, respetuoso con el medio, socialmente justo y económicamente viable) que cien sentadas, escaladas de chimenea o manifestaciones supuestamente originales. Lo malo es que, al parecer, nos resulta menos atractivo.

Ni las languidecientes organizaciones ecologistas del mundo "desarrollado" ni las a veces más fuertes de los países "pobres" suelen estar tan pendientes de las organizaciones "para el desarrollo" como sería necesario. Y eso vale para las ONGs tanto como para las Agencias Internacionales o las "ayudas" estatales.

Probablemente, el que el futuro tenga uno u otro signo depende en gran medida de que se demuestre con algo más que palabras la posibilidad de un desarrollo sostenible que merezca tal nombre. Y si eso es así, los ecologistas debiéramos ir pensando en reorientar nuestra actividad.

Joaquín Sáiz de Omeñaca

Ecologismo y Mundo Rural



En la historia del movimiento ecologista, y especialmente en sus comienzos, la preocupación por la conservación de la naturaleza ha constituido un tema central. Desde sus primeros tiempos también (y pese a la imagen generalizada de antagonismo proyectada en el medio rural por un ecologismo que defiende a capa y espada la vida silvestre, aparentemente desde lejanas torres de cristal del mundo urbano), la defensa de la economía y cultura campesinas, del "saber ecológico" del hombre del campo, de la integración de los sistemas agrarios no industriales y naturaleza... han sido constantes presentes en la evolución y la acción ecologista. Rachel Carson con su "Primavera silenciosa", Edward Goldsmith y su "Manifiesto por la supervivencia", revolucionaron al ecologismo en el plano

internacional; José Manuel Naredo, con sus trabajos sobre energía y agricultura, y el profesor González Bernáldez, una de las figuras más queridas del ecologismo del estado español, así como activistas más radicales, que defendían la gestión del pastor frente al ingeniero y la ecocracia, crearon escuela en nuestros lares.

Sin embargo, es a finales de los años 80 cuando empiezan a darse los primeros pasos de un acercamiento entre el movimiento ecologista y el sector agrario. En esta época, ante las crecientes montañas de excedentes y los problemas presupuestarios, se inicia un replanteamiento de la Política Agraria Común, aliada e impulsora de la agricultura industrial en Europa y responsable en gran medida de la quiebra de millones de campesinos y de la destrucción de ecosistemas valiosos y la

desaparición de numerosas especies. Y es precisamente en países donde la agricultura campesina prácticamente ha desaparecido, donde nace un movimiento que aglutina a agricultores y ecologistas. En Holanda y Alemania primero, después en Inglaterra, se constituyen las autodenominadas "Plataformas Críticas por una Agricultura con Futuro", en defensa de un modelo de producción más respetuoso con el entorno y la cultura propia, y la recomposición de las comunidades rurales en base a una agricultura de calidad y una economía rural autónoma y diversificada.

En el Estado Español, por esas fechas, miembros de la CODA participan activamente en el Grupo de Trabajo de Agricultura y Medio Ambiente de la federación ecologista europea, la Oficina Europea del Medio Ambiente, en Bruselas; y los contactos se inician, tímida pero eficazmente, en diversos ámbitos de la Península. En Extremadura, miembros de la Coordinadora Ecologista Extremeña se incorporan a ACRE (Animación y Coordinación Rural Comunitaria); en Andalucía y el Pirineo surgen iniciativas de desarrollo rural cercanas al movimiento ecologista; en Castilla y León hay contactos con miembros del movimiento "Escuelas Campesinas"... A raíz de la convocatoria de los Programas LEADER (programas de desarrollo rural supuestamente local y de base financiados por Bruselas) se celebran una serie de encuentros informales entre representantes del sector agrario, el movimiento ecologista, y colectivos de animación rural interesados en un posible trabajo conjunto.

Finalmente, después de un sinfín de contactos y reuniones preparatorias, de debates y titubeos no exentos de suspicacias y antagonismos residuales, se constituye en enero de 1993 la Plataforma Rural Española, impulsada en un principio por el Sindicato Agrario COAG, miembros del CAS (Colectivos de Acción Solidaria) y de Cáritas Rural, la

Coordinadora de Organizaciones de Defensa Ambiental (CODA), y el Fondo Patrimonio Natural. A partir de entonces, esta plataforma ha servido de foro de encuentro y debate del Plan Hidrológico, el

Plan Forestal, medidas de la nueva Política Agraria Común..., aunque con participación y compromiso desigual. Los contactos establecidos han propiciado igualmente iniciativas de encuentro a nivel más local, que en algunas comarcas han supuesto un importante avance en la búsqueda de un mayor entendimiento y la confluencia en la defensa de posturas comunes. A nivel internacional, la Plataforma se coordina con un movimiento internacional solidario denominado Vía Campesina, que aportó una importante participación a la reciente campaña contra el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT.

El camino está, pues, iniciado; falta ahora caminar. Y hoy, más que nunca, es preciso unir esfuerzos para abrir nuevas vías, y para que no se cierren irreversiblemente las que podrían avanzar hacia la armonía y el bienestar humano en el respeto a la diversidad y a la naturaleza, rescatando un sistema de valores y de relaciones más propio de la tradición campesina que del modelo depredador y competitivo dominante impuesto por el capitalismo industrial.



Isabel Bermejo.

Ecología y política: ¿Un encuentro imposible?

La preocupación por la ecología —es decir por los principios básicos y las relaciones de interdependencia entre el hombre y el medio que mantenían los equilibrios generales de la biosfera— y la acelerada degradación ambiental que acompañó al espectacular crecimiento económico de los años 60 de nuestro siglo —y la secuela consiguiente de la contaminación generalizada, la extinción de especies, la pérdida de la diversidad cultural, el deterioro de la vida urbana, y las agresiones al paisaje— se vieron especialmente intensificados con las crisis del 73 y del 79-80 en el mundo occidental al añadirse la polémica sobre los límites del crecimiento y el problema del agotamiento de los recursos, derivados de la crisis energética, el aumento generalizado del precio de las materias primas y la aparición en escena, con más fuerza que nunca, del conflicto Norte-Sur y el intercambio desigual.

En este contexto, se explica la aparición de los primeros movimientos organizados de conservación y defensa del medio ambiente impregnados de un fuerte biologismo que hacían —y hacen, en la medida que, en la actualidad, muchos de los grupos conservacionistas mantienen aquella actitud— del apoliticismo declarado (o de su "neutralidad" política) una de sus principales banderas al centrar sus objetivos en la defensa de la flora y la fauna amenazada, al margen de otras consideraciones ideológicas.

Sin embargo, casi simultáneamente, y al compás de las corrientes más críticas con las prácticas políticas tradicionales, tanto de izquierda como de derecha, y con los modelos económicos, tanto del Este como del Oeste, basados en el desarrollismo

y el crecimiento a ultranza, empieza a perfilarse los llamados movimientos ecologistas y, poco después, los partidos verdes que en la segunda mitad de los años 70 comienzan a cosechar los primeros éxitos electorales principalmente en Alemania y, en menos medida, en los países vecinos. En ambos casos, movimiento y partido verde coinciden, básicamente, en el diagnóstico y las causas de la degradación ambiental, y se nutren, con frecuencia, de los mismos principios ideológicos: Un vago —cuando no concreto y radical— anarquismo que impregna de un fuerte antiautoritarismo sus propuestas; unos planteamientos descentralizadores y de autogestión que enlazan con las más históricas iniciativas libertarias aun cuando incorporen muchos de los planteamientos que los movimientos contraculturales y ecologistas venían desarrollando en los EE.UU durante la década de los 60 expresados, por ejemplo, en la idea de "lo pequeño es hermoso", frente al gigantismo y la centralización política y financiera; un radical antimilitarismo —el ecopacifismo— de oposición a la carrera de armamentos y a la existencia de los ejércitos en el fragor de la Guerra Fría, la Guerra del Vietnam y los diversos conflictos regionales que asolaron al mundo entre los años 60 y 70, una de las causas fundamentales de la destrucción del medio ambiente; unos esquemas liberadores en el terreno de las costumbres, la ecología urbana, el ocio, la vida cotidiana, el mundo laboral y la realización del individuo; una crítica frontal al consumismo y a la sociedad del despilfarro que rompe la identificación entre cantidad y calidad de vida; un rechazo a las formas tradicionales de

convivencia y de acción política en lo que tenían — incluso por parte de quienes, como los partidos de izquierda, se atribuían valores alternativos al sistema capitalista— de reproducción en su funcionamiento interno de las relaciones de dominio y explotación entre quienes formaban parte de la familia o de las organizaciones políticas, y de donde nace la experiencia de las comunas, los recelos antipartidos, incluida la creciente abstención o las crisis de participación, y las corrientes asamblearias; una contestación generalizada a toda forma de patriarcado y de discriminación de la mujer, así como a las actitudes racistas o xenófobas en cuanto reflejaban, también, la contradicción con los afanes de solidaridad e igualdad que los movimientos verdes y ecologistas propugnaban, tanto entre los mismos seres humanos como entre éstos y el medio que les rodeaba; un profundo replanteamiento de la vida urbana en lo que el crecimiento caótico, el hacinamiento, la marginalidad, la contaminación, la despersonalización y el anonimato, la artificialización extrema y el alejamiento de la Naturaleza, habían supuesto para la mayoría de la población en estrecha correspondencia con el abandono del mundo rural y los valores que le caracterizaban (y que están detrás del fenómeno neorrural o el carácter idílico de algunas tendencias que aparecen en las grandes ciudades con "la vuelta al campo" o la desurbanización aunque luego acabasen en la segunda residencia); y una denuncia del imperialismo y el neocolonialismo como origen de las diferencias Norte-Sur con sus negativas secuelas: dependencia, miseria, intercambio desigual, deuda externa, explotación intensiva de los recursos naturales, degradación del medio ambiente...

Pero si los movimientos ecologistas y partidos verdes podrían coincidir fácilmente en los planteamientos anteriores —y dejando a un lado los grupos conservacionistas o naturalistas estrictamente en cuanto a su análisis parcial de la



realidad, sus tácticas "apafuegos", y su carencia de análisis y compromisos sobre el contexto global en que se produce la degradación del medio ambiente, independientemente del valor concreto de sus actuaciones específicas— los años 80 van a conocer profundas diferencias (y no digamos frente al resto de los partidos) en cuanto a las estrategias a seguir y los instrumentos a emplear en la consecución de lo que, en teoría, son los mismos objetivos.

Por un lado, los movimientos ecologistas, recelosos del marco político e institucional vigente por su capacidad en digerir o fagocitar sus propuestas alternativas, sitúan preferentemente su actividad en los ámbitos sociales y de base como la mejor garantía para conservar su independencia y vitalidad, intentan reforzar la redes horizontales frente a la jerarquización y verticalidad en la

toma de decisiones y respuestas, tratan de fortalecer la sociedad civil respecto al Estado reivindicando mecanismos de participación directos que sean determinantes en las condiciones de vida que les rodean, colaboran estrechamente con las ONG,s sobre todo en sus relaciones con los países en vías de desarrollo: articulan de forma creciente sus propuestas con organizaciones afines —de consumidores, vecinos, agrarias...—, protagonizan campañas de movilización y educación ambiental, y desarrollan una labor de sensibilización y presión sobre instituciones públicas y privadas, agentes sociales y fuerzas políticas, para ambientalizar sus programas..., valores que contrastan, a veces, con su crónica fragmentación y dispersión, los riesgos localistas en el tratamiento de algunos problemas, los personalismos excesivos, la inestabilidad y discontinuidad de sus trayectorias, las distancias con el mundo sindical, y los conflictos derivados del carácter asambleario de su funcionamiento interno o de los mecanismos de representación de sus componentes, a pesar de los sucesivos intentos en crear federaciones u organizaciones de carácter más amplio y permanente como las que hoy pueden representar CODA o Amigos de la Tierra en España, la EEB en Europa, o Vía Campesina en el mundo.

Por otro, los partidos verdes, con una ósmosis más o menos fluida en ocasiones, más tensa en otras, con el movimiento ecologista, optaban en la década de los 70 y hasta hoy, por la participación directa en las instituciones y las contiendas electorales lo que les permitió alcanzar representación parlamentaria en todas las Administraciones Públicas —locales, regionales, estatales, comunitarias— de los países nórdicos y Alemania principalmente pero donde parecen haber tocado techo a raíz del conflicto entre "realistas" y "fundamentalistas" (aunque las leyes electorales de Francia e Inglaterra principalmente, muy restrictivas con las minorías, no hayan permitido la presencia que el respaldo de sus votantes debería otorgarles) ya que en EE.UU, Canadá, el Japón, Australia Nueva Zelanda o la

misma España no han conseguido traspasar el umbral de los partidos tradicionales a pesar de los valores que explican su nacimiento y de sus propuestas renovadoras: la limitación o rotación en el ejercicio de los cargos públicos, el énfasis en la democratización interna y el rechazo a los aparatos, su conexión más estrecha con los movimientos de base, la ecologización de la economía y las propuestas globales y planetarias en la resolución de los problemas ambientales, la implantación de sistemas de desarrollo endógeno, local y sostenible como forma de optimizar el empleo de los recursos, su preocupación por la mejora de los escenarios cotidianos de la existencia —desde la ciudad hasta las condiciones de trabajo o las actividades de ocio—, el reparto del trabajo y la reducción de la jornada laboral; la atención a las estrechas correspondencias entre salud y medio ambiente; su énfasis en la resolución del conflicto Norte-Sur mediante la solidaridad y el apoyo a los pueblos en vías de desarrollo, la conservación de la naturaleza y de la biodiversidad, el permanente rechazo a los comportamientos belicistas, racistas, sexistas o xenófobos en las relaciones sociales e internacionales...

Las razones de esa relativa parálisis en la creciente influencia que los movimientos ecologistas y partidos verdes pretenden ejercer en la sociedad actual varían, indudablemente, según los países, su grado de desarrollo o deterioro ambiental, sus relaciones de dependencia, etc.; pero podrían citarse algunas comunes a todos ellos: la impermeabilización del propio sistema que mantiene intactos muchos de los mecanismos —los monopolios informativos, los sistemas educativos, la publicidad...— de alienación colectiva basados en el consumismo, el culto al productivismo, el dominio de la naturaleza, las relaciones de explotación internas y externas, la confianza ciega en la ciencia para resolver todos los problemas que pueda plantear el crecimiento económico...; la introducción, aunque lo sea en términos de floreros ecológicos, de muchos de los principios verdes en los programas de los ➤

partidos tradicionales o en determinadas, por muy superficiales y decorativas que sean, actuaciones de las administraciones públicas o de las empresas; la falta de arraigo y presencia del movimiento ecologista y los partidos verdes en el ámbito sindical; la desconfianza, estimulada por el desarrollismo de una u otra clase, que existe entre amplios sectores de la población para hacer compatible la conservación de la naturaleza con el pleno empleo, especialmente conflictivo en momentos de crisis o paro masivo; las propias debilidades organizativas o disensiones internas, incluyendo el sectarismo, entre los grupos o fuerzas que pudieran articular un movimiento que diese respuesta eficaz e inmediata a los retos urgentes que demanda la situación actual...; y sin olvidar, el papel desmovilizador que corren el riesgo de desempeñar determinadas organizaciones conservacionistas que, al margen de sus buenas intenciones en la defensa del medio ambiente, contribuyen a la desmovilización social por su manera de actuar y su funcionamiento interno, orientadas a acciones más espectaculares que efectivas, a lavar la mala conciencia de quienes se asocian pasivamente y acentúan el carácter jerárquico en la toma de decisiones, y lo que es peor, a forjar una determinada imagen que sea luego parte del marketing con el que ofrecer los buenos oficios de una gestión ambiental sin poner en entredicho los fundamentos del propio modelo de sociedad en el que surgen los conflictos.

Y, sin embargo, más allá de las limitaciones aquí expuestas, nunca han existido mejores condiciones para avanzar: la crisis ecológica planetaria, la creciente insatisfacción de amplios sectores sociales expuestos a la marginación, el paro y la pobreza, la ruptura entre el crecimiento económico y la creación de empleo, las relaciones entre la miseria y degradación del medio ambiente, el agotamiento de los modelos tradicionales — más si cabe con el desplome de la URSS y la catástrofe ecológica de los países del Este y China, o con el fracaso de las políticas del Banco Mundial

o el FMI— y de los instrumentos de participación, la progresiva identificación entre los gobiernos y las oposiciones "oficiales" al mantener, en lo fundamental, las mismas posiciones..., pueden contribuir a superar las reticencias entre quienes, como los partidos verdes o las fuerzas más renovadoras y autocríticas de la izquierda respecto a sus tentaciones autoritarias o desarrollistas, deben converger en un proyecto común de transformación con el que lograr la síntesis más fecunda entre las conquistas históricas de los movimientos obreros —la seguridad en el empleo, las coberturas sociales, la satisfacción de las necesidades básicas en salud, vivienda, alimentación, educación...— y los nuevos valores que los movimientos verdes y ecologistas han aportado a la sociedad actual; y lejos, desde luego, de cualquier tentación dirigista o concepción de vanguardia, dentro del respeto escrupuloso a la autonomía de cuantos están comprometidos en defensa del medio ambiente, para articular, institucional y socialmente, una estrategia de acción con la que profundizar en el camino para resolver la crisis ecológica de nuestro tiempo. Porque, al fin y al cabo, toda ecología es política en su sentido más amplio — otra cosa es el significado y alcance de ese concepto— y partidos verdes o movimientos ecologistas, al margen de su propia identidad, participan de los ideales de una izquierda —despojada, desde luego, de quienes pervirtieron su nombre y su significado— que ha de tener en cuenta que mientras no actuemos colectivamente y no se eliminan las relaciones de explotación y dominio entre los grupos sociales, la relación del hombre con la naturaleza no hará sino reflejar las actitudes y los comportamientos que mantiene con sus propios semejantes.

Emilio Carrera (Revista Cantárida)

La Coordinadora Ecologista Cántabra-CODA exige el cierre de la incineradora de Meruelo

La Coordinadora Ecologista Cántabra-CODA ha presentado una denuncia ante el Servicio de Protección de la Naturaleza de la Guardia Civil (SEPRONA) contra la Empresa de Residuos de Cantabria, sociedad pública dependiente de la Diputación Regional solicitando el cierre definitivo de la incineradora de residuos sanitarios existente en el recinto del vertedero mancomunado de basuras de Meruelo.

La denuncia, que esta siendo tramitada por el Juzgado de Instrucción nº 2 de Santoña, se ha hecho pública a los medios de comunicación en el marco de la campaña "Por un Plan Integral de Residuos Industriales, Tóxicos y

Peligrosos, y se fundamenta en que la instalación funciona sin los permisos prescritos por la ley; en que comete un delito ecológico y contra la salud pública por la contaminación de residuos tóxicos y peligrosos a través de escorias y cenizas; que el horno crematorio funciona de forma irregular; que la Consejería de Ecología y Medio Ambiente comete un delito de prevaricación y otro de falsedad de documentos públicos; y que se está produciendo un tráfico ilegal de residuos hospitalarios procedentes de otras comunidades autónomas.

La situación se agrava por el hecho de no haberse presentado el Impacto Ambiental cuando el horno

»»

¡Suscríbete a la Tarajila!

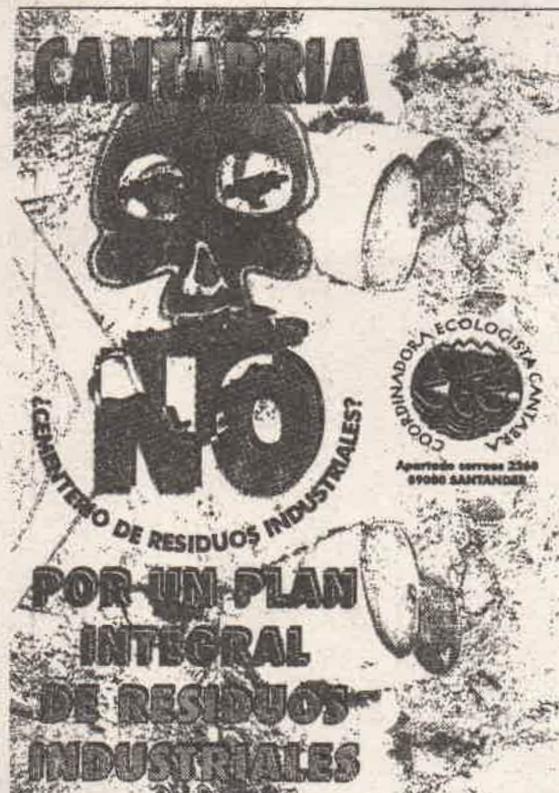
Boletín de la Coordinadora Ecologista Cántabra
Apartado 2260 Santander

4 números 500 pts.
Aportaciones voluntarias
en la c/c nº 20-005.586-4 de
Caja Cantabria

lleva funcionando ya 4 años y sin el cual no podrían haberse iniciado las obras; no haberse redactado el expediente de Actividades Molestas, Nocivas, Insalubres y Peligrosas; y no haberse previsto un tratamiento específico de las cenizas y escorias por su carácter tóxico y peligroso mediante métodos físico-químicos y depósito en vertederos de seguridad en vez de depositarse indiscriminadamente con el resto de las basuras urbanas en el mismo vertedero de Meruelo como se ha venido haciendo hasta ahora.

La Coordinadora Ecologista Cantabra-CODA ha destacado, también, el grave vacío legal que existe en Cantabria que puede convertir a nuestra región en un cementerio de residuos industriales, tóxicos y peligrosos, y ha requerido la aprobación de un nuevo decreto que regule los residuos hospitalarios rechazando los sistemas de incineración al provocar contaminación química que afecta al suelo, la atmósfera y las aguas con repercusiones en la salud humana al incidir en la proliferación de cánceres y alteraciones en los sistemas inmunológico y reproductor.

Por todo ello, la Coordinadora Ecologista Cantabra-CODA propone un tratamiento de esterilización y desinfección por autoclave



de vapor en los lugares de origen, la eliminación del tráfico ilegal de residuos sanitarios, la sustitución de aquellas sustancias o productos de difícil biodegradabilidad o neutralización, la prohibición de importar residuos de otras regiones, la realización de auditorías ambientales y el inventario de sólidos, vertidos líquidos y emisiones atmosféricas generadas en todos los centros sanitarios, y la participación y control público en los planes específicos de prevención de la contaminación.



Sin embargo, en el mundo...

Tu me dirás que hago mal en cantar
la revolución y la libertad,
que todo eso no vale nada,
que no llegarán mañana.
Y sin embargo en el mundo
me responden otras voces.

Tu me dirás que hago mal en soñar
creyendo vivir la realidad,
que hay que abrir los ojos
y ver las cosas como son.
Y sin embargo en el mundo
me responden otras voces.

Tu me dirás que hago mal en gritar
y proclamar mis cuatro verdades,
que vale más callar o mentir
y no dejar de sonreír.

Y sin embargo en el mundo
me responden otras voces.

Tu me dirás que hago mal en hablar
del amor como si fuese verdad,
que no es más que un espejismo,
una ilusión impropia de mi edad.
Y sin embargo en el mundo
me responden otras voces.

Tu me darás o no la razón
pero no me harás cambiar de canción;
te la doy tal como es,
puedes hacer con ella lo que quieras.
Sin embargo en el mundo
me responden otras voces.

Moustaki.